

Mayo del 68: entre el mito y el olvido

Con más pena que gloria, se ha conmemorado este año en Francia el cincuenta aniversario de Mayo del 68. Más allá de libros, programas de televisión, conferencias, exposiciones u otras formas de plasmar el recuerdo en realidades, el gobierno de Emmanuel Macron finalmente optó por la no participación del régimen republicano en la celebración de la efeméride. El presidente —el primero nacido después de los sucesos del mayo francés— marca así una distancia crítica con los acontecimientos traumáticos que tuvieron lugar hace cincuenta años, consciente, entre otras cosas, de que la llama súbita que incendió Francia bien podría agitarse de nuevo al viento de sus reformas. Pero no es menos cierto que más allá de su influencia cultural, de sus consecuencias políticas y de su impacto social, Mayo del 68 aparece como algo lejano y desdibujado en la sociedad global del siglo XXI, que ya no se inspira en sus ideales como lo hizo la surgida tras el fin de la II Guerra Mundial.

Pocos acontecimientos de la historia reciente han tenido una dimensión tan poliédrica como la Revolución de Mayo del 68. Revuelta estudiantil, movimiento de liberación sexual, protesta obrera, crisol de inquietudes culturales y filosóficas e incluso proceso político con capacidad de ruptura. Todo ello concentrado en apenas unas pocas semanas, en las que la mirada del mundo se centró en las calles de Francia, y en las que también se pudo apreciar una notable y espontánea capacidad de contagio al resto de Europa y del mundo.

La cerilla del fumador

Parafraseando a Pierre Vilar, siempre es dudoso atribuir una explosión a la cerilla del fumador o a la ley general de gases. En el caso de Mayo del 68, la cerilla es fácilmente aprehensible y bien conocida: las protestas de los estudiantes de la Universidad de Nanterre, a las afueras de París —lideradas por el que se convertiría en uno de los símbolos de todo el proceso, Daniel Cohn-Bendict— que condujeron a la ocupación, por parte de los estudiantes, de las instalaciones universitarias el 22 de marzo. Pocas semanas después, la caída de la V República Francesa parecía una posibilidad.

¿Contra que protestaban los estudiantes de Nanterre? La denuncia de quienes consideraban pacata y retrógrada la moral sexual que imperaba en la universidad fue un claro catalizador. El propio Cohn-Bendict había señalado esa circunstancia en una visita reciente del ministro de Educación a Nanterre. A un político gaullista, aquello tuvo que parecerle cuando menos una queja pintoresca. Pero para una generación que no había conocido la Guerra Mundial aunque sí la de Vietnam, educada en la era del rock, el auge rejuvenecido del pensamiento anarquista y la presencia casi omnímoda y dominante del General De Gaulle, no era sino el fruto de un crisol de insatisfacciones alimentadas por la efervescencia juvenil de una generación que se sentía perdida entre lo viejo y lo nuevo.

La miopía del poder político a la hora de interpretar esas realidades favoreció la escalada de un hecho puntual hasta convertirlo en un fenómeno nacional. El Cierre de Nanterre trasladó el eje de una protesta universitaria, cada vez más secundada e intensa, a la Sorbona, que también fue clausurada. Las manifestaciones y protestas estudiantiles contra el cierre de las universidades fueron objeto de una desproporcionada acción policial, que inexorablemente atrajo la atención de otros grupos sociales hacia lo sucedido en la capital, y suscitó la simpatía de muchas figuras prominentes de la cultura francesa que cerraron filas con la causa estudiantil.

El 6 de mayo se vieron las primeras barricadas en las calles de París. Las manifestaciones que tuvieron lugar el día 10 atrajeron a más de un millón de personas. Para entonces los intentos del primer ministro, George Pompidou, de acabar con la escalada de violencia habían tenido poco éxito. Se había generado una dinámica con vida propia que aprovechó la reapertura de los campus universitarios —cuando se produjo— para promover su liberación por parte de los estudiantes, que ya no se consideraban sujetos a la autoridad académica. La *Rive Gauche* ya era el centro de una protesta con tintes violentos que se extendía por toda Francia.

Francia, en último término, se dividía en dos. Por un lado, estaban aquellos que simpatizaban con la voluntad de ruptura de los jóvenes y criticaban el inmovilismo de la Francia gaullista. Por otro, quienes no podían sino desconfiar de unos líderes estudiantiles que, aupados en la facilidad de su éxito, promovían ideales radicales, atrabiliarios y poco realistas en sus apariciones televisivas. Muchos franceses, de hecho la mayoría, no estaban dispuestos a ir tan lejos como para demoler la sociedad de mercado. Tampoco estaban preparados para arrojar en defensa de la V República.

Un gobierno sin relato

El 68 ya formaba parte de una era en la que el relato revestía una importancia fundamental. Y la lo cierto es que en los primeros días de mayo de aquel año el gobierno y —sobre todo— el carismático presidente de la República hicieron poco por contrarrestar lo que se percibía como una protesta legítima, llena de frescura juvenil, a la que se adhirieron muchos otros sectores de la sociedad discriminados en la Francia gaullista. Entre estos, destacaba naturalmente el poderoso obrerismo francés, que a partir del 10 de mayo se hizo presente en las protestas callejeras. El proceso revolucionario comenzó a sentirse ya con intensidad no sólo en la *Ile de France* sino en todo el país. Fue sin duda en ese momento cuando la escalada adquirió un tinte político, y cuando, quizás por primera vez, el aparato de la V República comenzó a temer por su propia existencia. El

genio de la lámpara había sido liberado y los líderes gubernamentales más preclaros sabían cuán difícil era que las aguas volviesen a su cauce sin concesiones de calado.

A lo largo de los días siguientes hubo una nueva escalada del conflicto. Las ofertas de mejoras salariales, además de otras concesiones por parte del gobierno, hicieron poco por atemperar la situación. Los socialistas franceses se vieron como los posibles salvadores del momento: el puente necesario entre el gobierno y las protestas, a las que se había sumado el poderoso partido comunista francés. Francois Mitterand se presentó en el momento álgido de la crisis como la solución de compromiso ante una crisis que, poco a poco, empezaba a parecer incontrolable e iba superando los límites de la estabilidad de un gobierno constitucional.

La historia de Francia, en efecto, pesaba. El recuerdo de los ciclos revolucionarios, de la Comuna de París, de tantos momentos dramáticos de los últimos doscientos años, hacía temer que, en el furor de las manifestaciones, se iniciase la ocupación de edificios públicos y de infraestructuras del estado. Su necesaria defensa habría desencadenado un enfrentamiento civil que hubiera puesto en cuestión cualquier hoja de ruta. El poder político en Francia, firme y sólido a finales de abril, parecía a punto de desmoronarse sólo un mes después. En gran parte se debió a la incapacidad de De Gaulle para responder de forma no reactiva a la crisis. Todo parece indicar que el general se sentía como Luis XVI, Luis Felipe o Napoleón III, acosado por una revolución social que el poder puro y duro del estado era incapaz de contener. El utillaje ideológico de la República había perdido legitimidad en los primeros días del mes. Su disposición a la transacción fue superada después por la propia dinámica revolucionaria.

Fue precisamente entonces cuando tuvo lugar —al menos en el ámbito de lo político— el suceso más enigmático de Mayo del 68. El 29 de mayo, el presidente desapareció, y su huida sugirió la posibilidad de un cambio político drástico en Francia. Muy pocos lo supieron en aquel momento, pero De Gaulle se trasladó en secreto

a Baden-Baden, para comprobar la lealtad de las tropas francesas estacionadas en territorio alemán. Es difícil saber si jugaba con la idea de recurrir al uso de la fuerza, o buscaba una seguridad entre sus tropas que ya no sentía en París. Durante su ausencia, cundió la alarma entre un gobierno y todo un régimen que sentían que habían perdido a su líder. Mientras, el día 30, una masiva manifestación recorrió las calles de París bajo el lema «¡Adieu, de Gaulle!». Esa tarde el presidente, ya de vuelta en Francia —convencido al parecer de la posibilidad de salvar la situación tras su visita a Alemania— anunció al país por televisión la convocatoria de elecciones legislativas en junio. Una nueva manifestación masiva, esta vez la de los partidarios del general, recorría poco después las mismas calles que habían cobrado protagonismo en aquellas semanas frenéticas. Esta vez el canto era la Marsellesa y proclamaban su lealtad a la V República. La Revolución de Mayo del 68 comenzó ese día a aplacarse con la misma rapidez con la que había estallado.

Causas y efectos globales

Mayo del 68 fue un fenómeno francés, que, sin embargo, dio lugar a procesos similares, o al menos paralelos, en todo el mundo. Aquel fue el año de la Primavera de Praga, que aparte de convertirse en un ejemplo a seguir, demostró que lo que sucedía superaba ampliamente los designios de Moscú. Muchos autores citan la Revolución Cultural maoísta como un precedente ideológico y estético, que pudo inspirar a los jóvenes más ideologizados congregados en las calles de París, o de otras ciudades del mundo entero. Estados Unidos vivió ese año toda una catarsis con los asesinatos de Martín Luther King y de Robert Kennedy, mientras la figura del Che Guevara se convertía en un icono global. *Sgt Pepper's Lonely Hearts Club Band*, uno de los álbumes más influyentes de los Beatles, había visto la luz sólo un año antes, lo mismo que la revolución *Flower Power* de Estados Unidos. Al menos una minoría de los que salieron a las calles creyeron que Marcuse, Adorno, o Sartre habían construido los cimientos de un sustrato ideológico que permitía una denuncia

absoluta del estado de cosas que se vivía en el mundo. Toda una enmienda a la realidad que pavimentaba el camino hacia el pensamiento postmoderno. En un tono decididamente siniestro, la banda terrorista ETA cometería su primer atentado en 1968. El terrorismo también fructificaría en Alemania e Italia en aquel momento.

Y todo ello en el contexto de un crecimiento económico global sin precedentes, en un momento de consagración de la sociedad urbana y de incremento acelerado del acceso a la universidad en todo Occidente, que hacía aún más palpable las diferencias entre padres e hijos. Quizás haya sido el momento histórico en el que el cambio generacional haya implicado una mayor mutación en valores, ambiciones políticas y materializaciones estéticas. Mayo del 68 fue la consagración explosiva de cambios sociales y económicos vividos en todo el mundo tras 1945, pero su catalizador fue la cultura. La imagen, la música, la palabra escrita, el lenguaje cinematográfico habían desbordado los cánones de la primera mitad del siglo.

Alabado por unos y denigrado por otros se convirtió en una trincheira de combate que, antes de llegar a las calles, surgió en las casas, en los colegios y las universidades. Hubo en el 68 mucha más voluntad de romper con los estrictos códigos del pasado que de construir formas políticas nuevas con posibilidades de fructificar. Para muchos fue una gran ilusión, aupada en su atractiva frivolidad por eslóganes tan poderosos como "la imaginación al poder" o "prohibido prohibir"; sin olvidar a quienes se proclamaban marxistas, *al estilo de Groucho*. La izquierda, que en el 68 descubrió que debía olvidar sus viejas formas si quería cautivar a una nueva generación de votantes, asumió muchos de estos mensajes.

El peso de un legado

Sartre definió Mayo del 68 como la "expansión del campo de lo posible". En efecto, lo que sucedió aquel año, sobre todo en Francia, multiplicó los escenarios políticos y sociales creíbles dando protago-

nismo a expresiones culturales novedosas y a las preocupaciones de toda una generación, que, en sí mismas, eran una ruptura con el pasado. Todo ello estuvo a punto de hacer caer a la V República Francesa y alteró fundamentalmente los cimientos de la era de la Guerra Fría. Una juventud liberada, con sus inquietudes, sus ambiciones y su ligereza, pero también con sus certezas, se hizo presente en las calles con un llamamiento que trascendía las generaciones y las clases sociales. En cierto sentido, Mayo del 68 es algo tan grande como evanescente ha sido su efecto a largo plazo.

En ningún país se materializó el cambio político. En Francia, aunque la revuelta supuso el principio del fin de la presidencia de De Gaulle, todo siguió más o menos igual. Nixon fue la respuesta conservadora a la era de Kennedy y Johnson. La Primavera de Praga acabó reprimida a sangre y fuego. Los jóvenes volvieron a las aulas, desaliñados y sin corbatas, aunque no hubo grandes modificaciones en la línea de su protesta originaria. En lo cultural, la reacción también fue significativa, pero en las décadas de 1970 y 1980, la radicalidad previa fue perdiendo fuste. Resistía la postmodernidad como forma suprema de enmendar el pensamiento científico corriente; pero eso era para unos pocos.

El giro conservador ha alcanzado al propio Cohn-Bendit, quien ha adoptado el papel de iconoclasta en el seno de los cánones del sistema y ha recibido el cincuenta aniversario con un contundente: "Tenemos que olvidar Mayo del 68". No es el único de los líderes de entonces que, en mayor o menor medida, ha protagonizado un *giro conservador*. Sin duda, Mayo del 68 es un campo de estudio apasionante para sociólogos, politólogos e historiadores, aunque su valor como catalizador de resultados concretos a largo plazo sea más dudoso. ■

SALTERRAE



ROSALBA MANES -
MARZIA ROGANTE

Jonás y el escándalo de la ternura de Dios

P.V.P.: 16,50 €
180 págs.

Más información en
www.gcloyola.com

La ternura de Dios es clave en el mensaje del Papa Francisco. Para entender cómo se vive, te proponemos bucear en el relato bíblico de Jonás. Una historia de lo más sorprendente.

Todos sus personajes no tienen miedo a cambiar para mejorar las situaciones. Todos... ¡excepto del propio Jonás! El profeta fue elegido para condenar a los pecadores. Pero Dios les perdona y quiere que Jonás haga lo mismo. Definitivamente, Jonás tiene el corazón endurecido. Se resiste a vivir esa misericordia. Solo cuando se ve perdido por completo y luego salvado, comprende lo que significa de verdad la ternura de un Dios que ama a sus hijos como lo hace un padre y una madre.



Apartado de Correos, 77 - 39080 Santander (ESPAÑA)
pedidos@gcloyola.com
